

CAPITULO XII.

De lo que sucedió después de la batalla de las Salinas, y cómo se vino á España Hernando Pizarro.

Fenescida esta batalla, Hernando Pizarro trabajó mucho de venir en gracia con los capitanes de don Diego que habian quedado vivos, y como no pudo acabarlos, muchos desterró del Cuzco. Y porque vió que no tenia posibilidad de satisfacer los que le habian servido, porque cada uno pensaba que con darle toda la gobernacion no quedaba pagado, acordó de deshacer el ejército, enviando la gente á nuevos descubrimientos, de que ya se tenia noticia, con lo cual hacia dos cosas: la una remunerar sus amigos, y la otra desterrar sus enemigos. Y así, envió al capitán Pedro de Candía con treientos hombres suyos y de los de don Diego, para que entrase á cierta conquista de cuya riqueza se tenia mucha fama. Y como por aquella parte Pedro de Candía no pudo entrar por la aspereza de la tierra, se volvió hácia el Collao con toda la gente casi amotinada; porque un Mesa, que habia sido capitán de la artillería del Marqués, habia dicho que, aunque pesase á Hernando Pizarro, pasaria por la tierra del Collao. A lo cual se atrevió por el favor que le daba la gente de don Diego que allí habia, porque nunca acababan de allanar los pensamientos. Y así, Candía envió preso á este Mesa, con el proceso y averiguaciones que contra él hicieron, á Hernando Pizarro. Y como él entendió que mientras don Diego fuese vivo nunca acabaria de quietarse la tierra ni sosegarse la gente, porque en esta probanza y en otras que Hernando Pizarro hizo halló en diversas partes motines de gente conjurada para venir á sacar de la prision á don Diego y alzarse con la ciudad; por todo lo cual le pareció que convenia matar á don Diego, justificando su muerte con las culpas que habia tenido en todas las alteraciones pasadas, de que arriba se ha hecho mencion, diciendo que él habia sido causa y fundamento dellas, por haber al principio entrado con gente de guerra en la ciudad y ocupádola por su propia autoridad, y muerto mucha gente de los que le resistieron, y llegado con ejército y banderas tendidas á la provincia de Chíncha (que no habia duda ser de la gobernación del Marqués); y así, le sentenció á muerte. Y como don Diego oyó la sentencia, hacia y decia muchas lástimas á Hernando Pizarro, trayéndole á la memoria que él habia sido la causa que él y su hermano hubiesen subido en el estado en que estaban, y les habia dado hacienda para ello; y que se acordase cómo le habia él soltado graciosamente de la prision en que le tuvo, no queriendo tomar el consejo de sus capitanes, que le persuadian á que le matase; y que si algun mal tratamiento habia rescebido en la prision, ni él lo habia mandado ni sido sabidor dello; y que considerase que era muy viejo, y que, aunque entonces no le matase, la misma edad y tiempo le condenaria á muerte en breve. Y á esto Hernando Pizarro le respondió que no eran aquellas palabras para que una persona de tanto ánimo como él las dijese ni se mostrase tan pusilánime; y que, pues su muerte no se podia excusar, que se conformase con la voluntad de Dios, muriendo como cristiano y como caballero. Y á esto le satisfizo don Diego con

que no se maravillase de que él temiese la muerte como hombre y pecador, pues la humanidad de Cristo la habia temido. Y en fin, Hernando Pizarro, en ejecución de su sentencia, le hizo degollar. Y luego fué al Collao sobre la gente del capitán Candía, é hizo justicia de Mesa, que habia sido el inventor del motin; y con los treientos hombres tornó á enviar al capitán Pedro Anzúres á una entrada, donde pensaron perecer todos de hambre, por las muchas ciénagas y maleza de la tierra; y en tanto quedó conquistando la tierra del Collao, que es una tierra llana y muy poblada de minas de oro, y por ser muy fria no se cria maíz en ella; y los indios comen unas raíces que llaman papas, que son de hechura y aun casi sabor de turmas de tierra; y hay en ella mucho ganado de las ovejas que hemos dicho. Y como Hernando Pizarro supo que el Marqués, su hermano, era venido al Cuzco, se vino á ver con él, dejando en su lugar, para que continuase la conquista, á Gonzalo Pizarro, su hermano, que llegó á descubrir hasta la provincia de los Charcas, donde le cercaron muchos indios de guerra que sobre él vinieron, y le pusieron en tanto aprieto, que fué forzado Hernando Pizarro á volverlo á socorrer desde el Cuzco con mucha gente de caballo; y porque mas presto les llegase el socorro, fingió el Marqués que él en persona iba á ello, y salió de la ciudad dos ó tres jornadas. Y como Hernando Pizarro llegó adonde Gonzalo Pizarro estaba, halló que los indios eran ya todos desbaratados. Y anduvieron algunos dias conquistando aquella tierra, donde hubieron muchos reencuentros con los indios, hasta que prendieron á Tizo, capitán dellos; y así, volvieron ambos al Cuzco, donde fueron graciosamente rescebidos del Marqués, el cual dió de comer en la tierra á todos los que hubo lugar, y á los otros envió á ciertas conquistas con los capitanes Vergara y Porcel (que arriba hemos contado), y por otra parte envió al capitán Alonso Mercadillo y al capitán Juan Perez de Guevara. Y al maestro de campo Pedro de Valdivia envió á la tierra de Chilli, donde don Diego se habia vuelto. Y todo esto hecho, y asentada la tierra y derramada la gente, Hernando Pizarro se partió para España á dar cuenta á su majestad de todo lo sucedido, aunque de muchos fué aconsejado que no lo hiciese, porque no sabian cómo se habria tomado la muerte de don Diego. Y cuando vino, aconsejó al Marqués, su hermano, que no se fiasse de los de don Diego, que comunmente llamaban los de Chilli, ni los dejase juntar, y que cuando viese que de seis arriba estaban juntos, supiese que le trataban la muerte.

CAPITULO XIII.

De lo que acaesió al capitán Valdivia en el viaje de la provincia de Chilli y después de llegado.

Pedro de Valdivia llegó con su gente á la provincia de Chilli, donde los indios le rescibieron de paz cautelosamente, porque tenian sus sementeras por coger, que aun no estaoan de sazón; y después que las cogieron se alzó toda la tierra y dieron sobre algunos españoles que andaban fuera de la poblacion, y mataron catorce dellos. Y Valdivia los fué á socorrer; y andando en esta guerra, se quisieron alzar contra él algunos españoles, que él ahoreó en sabiéndolo, especialmente al capitán

Pedro Sancho de Hoz, que habia ido con él casi á título de compañero. Y en tanto que él andaba en el campo, por otra parte vinieron sobre la ciudad mas de siete mil indios de guerra, que pusieron en mucho estrecho á los pocos españoles que para la guarda della habian quedado con los capitanes Francisco de Villagran y Alonso de Monroy, que no tenian mas de treinta hombres de caballo, los cuales salieron al campo y pelearon valerosamente con los indios flecheros desde la mañana hasta que los despartió la noche, que todos quedaron muy cansados y heridos. Y los indios tuvie-

ron por bien de se retirar por las muertes y gran daño que en aquel dia rescibieron. Y de ahí adelante toda la mas desta tierra estuvo de guerra por mas de ocho años, y en todos ellos Valdivia y su gente le resistieron sin desamparar la tierra; antes hacia á sus soldados que sembrasen y arasen, y cogian frutos para mantenerse, por no se poder servir de los indios en la labor, y así se sostuvo hasta que volvió al Perú, en tiempo que el licenciado de la Gasca estaba haciendo gente contra Gonzalo Pizarro, en todo lo cual él le sirvió y ayudó, como adelante se dirá.

LIBRO CUARTO.

QUE TRATA DEL VIAJE QUE GONZALO PIZARRO HIZO AL DESCUBRIMIENTO DE LA PROVINCIA DE LA CANELA, Y DE LA MUERTE DEL MARQUÉS.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Gonzalo Pizarro se aderezó para la jornada de la Canela.

Después desto, se tuvo noticia en el Perú que en la tierra de Quito, hácia la parte del oriente, habia un descubrimiento de una tierra muy rica y donde se criaba abundancia de canela, por lo cual se llamó vulgarmente la tierra de la Canela. Y para la conquistar y poblar determinó el Marqués enviar á Gonzalo Pizarro, su hermano; y porque la salida se habia de hacer desde la provincia de Quito, y allí habian de acudir y proveerse de las cosas necesarias, renunció la gobernacion de Quito en Gonzalo Pizarro, en confianza que su majestad le haria merced della; y así, se partió para allá Gonzalo Pizarro con mucha gente que para este descubrimiento llevaba, y en el camino le convino pelear con los indios de la provincia de Guanuco, que le salieron de guerra, y le pusieron en tanto aprieto, que fué necesario que el Marqués enviase en su socorro á Francisco de Chaves; y así llegó Gonzalo Pizarro á Quito. Y en este tiempo el Marqués envió á Gomez de Albarado á conquistar y poblar la provincia de Guanuco, porque della habian ido ciertos caciques llamados los conchucos, con mucha gente de guerra, sobre la ciudad de Trujillo, y mataban cuantos españoles podian, y aun robaban y hacian mucho daño en los mismos indios sus comarcas, y los que mataban y lo que robaban lo ofrescian todo á un ídolo que consigo traian, que llamaban la Cataquilla. Y así anduvieron hasta que de la ciudad de Trujillo salió Miguel de la Serna, vecino della, con la gente que pudo sacar, y juntándose con Francisco de Chaves, pelearon con los indios hasta que los vencieron y desbarataron.

CAPITULO II.

De cómo Gonzalo Pizarro partió de Quito y llegó á la Canela, y de lo que acaesió en el camino.

Habiendo aderezado Gonzalo Pizarro las cosas necesarias para su viaje, partió de Quito, llevando consigo

quinientos españoles bien aderezados, los ciento de caballo con dobladura, y mas de cuatro mil indios amigos, y tres mil cabezas de ovejas y puercos. Y después que pasó una poblacion que se llamaba Inga, llegó á la tierra de los Quixos, que es la última que conquistó Guaynacaba hácia la parte del septentrion, donde los indios le salieron de guerra, y en una noche desaparecieron todos, que nunca mas ninguno pudieron haber. Y después de haber allí reposado algunos dias en las poblaciones de los indios, sobrevino un tan gran terremoto con temblor y tempestad de agua y relámpagos y rayos y grandes truenos, que, abriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron mas de quinientas casas; y tanto creció un rio que allí habia, que no podian pasar á buscar comida, á cuya causa padescieron gran necesidad de hambre. Y después de partidos destas poblaciones, pasó unas cordilleras de sierras altas y frías, donde muchos de los indios de su compañía se quedaron helados. Y á causa de ser aquella tierra falta de comida, no paró hasta una provincia llamada Zumaco, que está en las faldas de un alto volcan, donde, por haber mucha comida, reposó la gente, en tanto que Gonzalo Pizarro, con algunos dellos, entró por aquellas montañas espesas á buscar camino; y como no le halló, se fué á un pueblo que llamaron de la Coca, y de allí envió por toda la gente que habia dejado en Zumaco, y en dos meses que por allí anduvieron, siempre les llovió de dia y de noche, sin que les diese el agua lugar de enjugar la ropa que traian vestida. Y en esta provincia de Zumaco, y en cincuenta leguas al derredor, hay la canela de que llevaban noticia, que son unos grandes árboles con hojas como de laurel, y la fruta son unos racimos de fruta menuda que se crian en unos capullos; y aunque esta fruta y las hojas y corteza y raíces del árbol tienen sabor y olor y sustancia de canela, pero la mas perfecta es aquellos capullos que son de hechura (aunque mayores) de los capullos de bellotas de alcornoque; y aunque en toda la tierra hay muchos deste género de árbo-

les silvestres que nascen y fructifican sin ninguna labor, los indios tienen muchos dellos en sus heredades y los labran, y así nasce dellos mas fina canela que de los otros; y tiénenla ellos en mucho, porque la rescatan en las tierras comarcanas por los mantenimientos y ropa y todas las otras cosas que han menester para su sustentacion.

CAPITULO III.

De los pueblos y tierras que pasó Gonzalo Pizarro hasta que llegó á la tierra donde hizo un bergantin.

Pues dejando Gonzalo Pizarro en esta tierra de Zumaco la mayor parte de la gente, se adelantó con los que mas sanos y recios estaban, descubriendo el camino segun los indios le guiaban, y algunas veces por los echar de sus tierras les daban noticias fingidas de lo de adelante, engañándolos, como lo hicieron los de Zumaco, que le dijeron que mas adelante estaba una tierra de gran poblacion y comida, lo cual halló ser falso, porque era tierra mal poblada, y tan estéril, que en ninguna parte della se podia sustentar, hasta que llegó á aquellos pueblos de la Coca, que era junto á un gran rio, donde paró mes y medio, aguardando la gente que en Zumaco habia dejado, porque en esta tierra les vino de paz el señor della. Y de allí caminaron todos juntos el rio abajo, hasta hallar un saltadero que en el rio habia de mas de docientos estados, por donde el agua se derriba con tan gran ruido, que se oia mas de seis leguas, y dende á ciertas jornadas se recogía el agua del rio en una tan pequeña angostura, que no habia de una orilla á otra mas de veinte piés, y era tanta la altura desde las peñas hasta llegar al agua, como la del saltadero que hemos dicho, y de una parte y de otra era peña tajada, y en cincuenta leguas de camino no hallaron por donde pasar sino por allí, que les defendian los indios el paso, hasta que, habiéndolo ganado los arcabuceros, hicieron una puente de madera, por donde seguramente pasaron todos. Y así, fueron caminando por una montaña hasta la tierra que llamaron de Guema, que era algo rasa y de muchas ciénagas y de algunos rios, donde habia tanta falta de comida, que no comia la gente sino frutas silvestres, hasta que llegaron á otra tierra donde habia alguna comida y era medianamente poblada. Y los indios andaban vestidos de algodón, y en todas las otras tierras que habian pasado andaban en cueros, ó por el demasiado calor que á la continua habia, ó porque no alcanzan ropa; solamente traian atados los prepucios con unas cuerdas de algodón por entre las piernas (que se iban á atar á unas cintas que traen ceñidas por los lomos), y las mujeres traian pañetes, sin otro ningun vestido. Y allí hizo Gonzalo Pizarro un bergantin para pasar á la otra parte del rio á buscar comida y para llevar por el rio abajo la ropa y otros fardajes y á los enfermos, y aun para caminar él por el rio, porque en las mas partes, á causa de ser la tierra tan anegada, que aun con machetes y hachas no podian hacer el camino. Y en hacer este bergantin pasaron muy gran trabajo, porque hubieron de cimentar fraguas para el herraje, en lo cual se aprovecharon de las herraduras de los caballos muertos, porque ya no habia otro hierro, y hicieron hornos pa-

ra el carbon. Y en todos estos trabajos hacia Gonzalo Pizarro que trabajasen desde el mayor hasta el menor, y él por su persona era el primero que echaba mano de la hacha y del martillo; y en lugar de brea se aprovecharon de una goma que allí distilan los árboles, y por estopa usaron de las mantas viejas de los indios y de las camisas de los españoles, que estaban podridas de las muchas aguas, contribuyendo cada uno segun podia. Y así, finalmente, dieron cabo en la obra y echaron el bergantin al agua, metiendo en él todo el fardaje; y juntamente con él hicieron ciertas canoas, que llevaban con el bergantin.

CAPITULO IV.

De cómo Francisco de Orellana se alzó y fué con el bergantin, y de los trabajos que sucedieron á causa desto.

Gonzalo Pizarro cuando tuvo hecho el bergantin pensó que todo su trabajo era acabado, y que con él descubriría toda la tierra; y así, continuó su camino, llevando el ejército por tierra, por las grandes ciénagas y atolladares que habia por la orilla del rio y espesuras de montes y cañaverales, haciendo el camino á fuerza de brazos con espadas y machetes y hachas, y cuando no podian caminar por la una parte del rio se pasaban á la otra en el bergantin; y siempre caminaban con tal orden, que los de tierra y los del rio todos dormian juntos. Y cuando Gonzalo Pizarro vió que mas de docientas leguas habian caminado el rio abajo, y que no hallaban que comer sino frutas silvestres y algunas raíces, mandó á un capitán suyo, llamado Francisco de Orellana, que con cincuenta hombres se adelantase por el rio á buscar comida, con orden que si la hallaba cargase della el bergantin, dejando la ropa que llevaba á las juntas de dos grandes rios que tenia noticia que estaban ochenta leguas de allí, y que le dejase dos canoas en unos rios que atravesaban, para que en ellas pasase la gente. Pues partido Orellana, era tan grande la corriente, que en breve tiempo llegó á las juntas de los rios, sin hallar ningun mantenimiento; y considerando que lo que en tres dias habia andado no lo podia subir en un año, segun la furia del agua, acordó de se dejar ir el rio abajo, donde la ventura le guiase, aunque se tuviera por medio mas conveniente esperar allí. Y así, se fué sin dejar las dos canoas, casi amotinado y alzado; porque muchos de los que con él iban le requirieron que no excediese de la orden de su general, especialmente fray Gaspar de Carvajal, de la orden de los predicadores, que porque insistia mas que los otros en ello, le trató muy mal de obra y palabra. Y así siguió su camino, haciendo algunas entradas en la tierra, y peleando con los indios que se le defendian, porque salian á él muchas veces en el rio gran número de canoas, y por ir tan apretados en el bergantin no podian pelear con ellos como convenia. Y en cierta tierra donde halló aparejo se detuvo, haciendo otro bergantin, porque los indios le salieron de paz y le proveyeron de comida y de todo lo mas necesario. Y en una provincia mas adelante peleó con los indios y los venció; y allí tuvo dellos noticia que algunas jornadas la tierra adentro habia una tierra en que no vivian sino mujeres, y ellas se defendian de los comarcanos y peleaban; y con esta no-

ticia, sin hallar en toda la tierra oro ni plata, ni rastro della, caminó por la corriente del rio hasta salir por él á la mar del Norte, trecientas y veinte y cinco leguas de la isla de Cubagua; y este rio se llama el Marañon, porque el primero que descubrió la navegacion dél fué un capitán llamado Marañon. Nasce en el Perú, en las faldas de las montañas de Quito; corre por camino derecho (contándole por la altura del sol) setecientas leguas, y con las vueltas y rodeos que el rio hace, yéndolas siguiendo, hay dende su nacimiento hasta que entra en la mar mas de mil ochocientas leguas, y en la entrada tiene de ancho quince leguas, y por todo el camino á veces se ensancha tres y cuatro leguas. Y así llegó Orellana á Castilla, donde dió noticia á su majestad deste descubrimiento, echando fama que se habia hecho á su costa é industria, y que habia en él una tierra muy rica donde vivian aquellas mujeres, que comunmente llamaron en todos estos reinos la conquista de las Amazonas; y pidió á su majestad la gobernacion y conquista della, la cual le fué dada; y habiendo hecho mas de quinientos hombres de caballeros y gente muy principal y lucida, se embarcó con ellos en Sevilla; y habiendo malas navegaciones y faltas de comidas, desde las Canarias se le comenzó á desbaratar la gente, y poco adelante se deshizo de todo punto, y él murió en el camino; y así, se derramó la gente por las islas, yéndose á diversas partes, sin que llegasen al rio, de lo cual le quedó gran queja á Gonzalo Pizarro, así porque con irse le puso en tan gran aprieto, por falta de comida y por no tener en qué pasar los rios, como porque llevó en el bergantin mucho oro y plata y esmeraldas, con lo cual tuvo que gastar todo el tiempo que anduvo de mandando y aparejando esta conquista.

CAPITULO V.

De cómo Gonzalo Pizarro volvió á Quito, y de los trabajos que pasó en la vuelta.

Llegando Gonzalo Pizarro con su gente adonde habia mandado á Orellana que le dejase las canoas para pasar ciertos rios que entraban en aquel rio grande, y no las hallando, tuvo gran trabajo en pasar la gente de la otra parte; y le fué forzado hacer nuevas balsas y canoas para ello, en que pasó muy gran trabajo. Y después, llegando á la junta de los dos rios, donde Orellana le habia de esperar, y no le hallando, tuvo nueva de un español (que Orellana habia echado en tierra porque le contradecía el viaje) de todo lo que pasaba, y cómo Orellana, teniendo intencion de hacer el descubrimiento en su propio nombre, y no como teniente de Gonzalo Pizarro, se desistió del cargo que llevaba, y hizo que de nuevo la gente lo hiciese capitán. Y viéndose Gonzalo Pizarro desamparado de toda forma de navegacion, que era la via por donde se proveian de mantenimientos, y no hallando sino muy poco por rescate de cascabeles y espejos, fué tanta la desconfianza en que cayeron, que determinaron volverse á Quito, de donde estaban alejados mas de cuatrocientas leguas de tan mal camino y montañas y despoblados, que no pensaban llegar allá, sino morir de hambre en aquellos montes, donde perecieron mas de cuarenta dellos, sin que hubiese forma de ser socorridos, sino que, pidiendo de

comer, se arrimaban á los árboles, y se caían muertos de la mucha flaqueza y desmayo que la hambre les causaba; y así, encomendándose á Dios, se volvieron, dejando el camino por donde habian venido, porque en aquel habia á la continua muy malos pasos y falta de comida; y así, á la ventura buscaron otro que no estaba mejor proveido que el de la venida, y se pudieron sustentar con matar y comer los caballos que les quedaban, y algunos lebreles y otros géneros de perros que llevaban; y tambien se ayudaron de unos bejuco, que son como sarmientos de parra, y tienen sabor de ajos. Y llegó á valer un gato salvaje ó una gallina cincuenta pesos, y un alcatraz de aquellas gallinazas de la mar que arriba hemos contado, diez pesos. Así continuó Gonzalo Pizarro su camino la via de Quito, donde mucho tiempo antes avisó de su tornada, y los vecinos de Quito habian proveido de mucha copia de puercos y ovejas, con que salieron al camino, y algunos pocos caballos y ropas para Gonzalo Pizarro y sus capitanes, el cual socorro los alcanzó mas de cincuenta leguas de Quito, y fué recebido dellos con gran alegría, especialmente la comida. Gonzalo Pizarro y todos los de su compañía venian desnudos en cueros, porque mucho tiempo habia que, con las continuas aguas, se les habian podrido todas las ropas; solamente traian dos pellejos de venados, uno delante y otro atrás, y algunos muslos viejos, y calzadas unas antiparas del mismo venado y unos capeletes de lo mismo; y las espadas venian todas sin vainas y tomadas de orin; y todos á pié, llenos los brazos y piernas de los rasguños de las zarzas y arboledas; y tan desemejados y sin color, que apenas se conocian. Y segun ellos mismos dijeron, uno de los mantenimientos cuya falta mas tuvieron fué la sal, que en mas de docientas leguas no hallaron rastro della; y así, rescibieron el socorro y comida en la tierra de Quito, besaron la tierra, dando gracias á Dios, que los habia escapado de tan grandes peligros y trabajos; y entraban con tanto deseo en los mantenimientos, que fué necesario ponerles tasa, hasta que poco á poco fuesen habituando los estómagos á tener qué digerir. Y Gonzalo Pizarro y sus capitanes, viendo que en los caballos y ropas que les habian traído no habia mas de para los capitanes, no quisieron mudar traje ni subir á caballo, por guardar en todo igualdad, como buenos soldados; y en la forma que hemos dicho entraron en la ciudad de Quito una mañana, yendo derechos á la iglesia á oír misa y dar gracias á Dios, que de tantos males los habia escapado; y después cada uno se aderezó segun su posibilidad. Esta tierra donde nasce la canela está debajo de la línea Equinocial, en el mismo paraje donde están las islas de Maluco, que crian la canela que comunmente se come en España y en las otras partes orientales.

CAPITULO VI.

De cómo los de Chili trataron la muerte del Marqués.

Cuando Hernando Pizarro tuvo preso en el Cuzco y justificó al adelantado don Diego de Almagro, envió á la ciudad de los Reyes un hijo que habia habido en una india, que tambien se llamaba don Diego de Almagro, mancebo virtuoso y de grande ánimo y bien en-

señado; y especialmente se había ejercitado mucho en cabalgar á caballo, de ambas sillas, lo cual hacia con mucha gracia y destreza; y tambien en escribir y leer, lo cual hacia mas liberalmente y mejor de lo que requeria su profesion. Deste tenia cargo, como ayo, Juan de Herrada (de quien arriba hemos tratado), y á este le habia dejado encomendado su padre. Y estando con él en la ciudad de los Reyes, se juntaban en su casa, y daban de comer á algunos de su parcialidad que andaban por la tierra desamparados, porque nadie los queria acoger, como á vencidos. Pues viendo esto Juan de Herrada, que Hernando Pizarro era venido á España y Gonzalo Pizarro era ido al descubrimiento de la Cancla; y habiendo sido puesto en libertad por el Marqués (porque hasta entonces siempre habia estado en su nombre preso), comenzaron á juntar armas y aderezarse para poner en ejecucion la venganza de la muerte de su padre y tanta destruicion de su gente, cuya memoria conservaban en sus corazones con gran sentimiento y dolor; de manera que, aunque el Marqués muchas veces procuró de hacerlos amigos, nunca lo pudo acabar de forma que quedara satisfecho; lo cual le dió causa de quitarle ciertos indios que tenia, porque no tuviese con que sustentar la gente que se le ayuntaba. Pero todo no aprovechó, porque estaban entre sí tan aliados, que lo que poseian era comun, y cuanto jugaban ó barataban todo lo traian á poder de Juan de Herrada para que dello hubiese despensa comun; y cada dia se iba juntando mas gente y armas; y aunque dello muchas personas avisaron al Marqués, era tan confiado y de buena condicion y conciencia, que respondia que dejasen aquellos cuitados, que harta mala ventura tenian viéndose pobres y vencidos y corridos. Y así, confiado don Diego y su gente en la buena condicion y paciencia del Marqués, le iban perdiendo la vergüenza; tanto, que algunas veces los mas principales pasaban por delante del sin quitarse las gorras ni hacerle otro acatamiento ninguno; y una noche amanescieron atadas en la picota tres sogas tendidas, la una hácia casa del Marqués, y la otra á la de su teniente, y la otra á la de su secretario; todo lo cual el Marqués disimulaba, excusándolos con que estaban vencidos y que de corridos hacian todas aquellas cosas. Y usando ellos desta disimulacion, se juntaban ya tan sin recelo, que de docientas leguas venian algunos desta parcialidad que andaban desterrados; y acordaron entre sí de matar al Marqués y alzarse con la tierra, como lo hicieron, aunque querian aguardar primero lo que se proveia en España, porque era venido á acusar sobre lo pasado á Hernando Pizarro el capitán Diego de Albarado, á cuya instancia Hernando Pizarro estaba preso y se seguia el negocio contra él. Y como supieron que su majestad habia proveido al licenciado Vaca de Castro que fuese á haber informacion sobre todas las alteraciones pasadas, sin proveer en el negocio con el rigor y aspereza que ellos quisieran, tuvieron intento de hacer lo que después hicieron algunos dellos, aunque todavia querian esperar á saber la intencion de Vaca de Castro; el cual designio no fué general entre todos los desta parcialidad, en que hubo muchos caballeros que, aunque sintieron la muerte del Adelantado, no procu-

raban vengarla mas de cuanto fuese por términos jurídicos, y sin exceder la voluntad y servicio de su majestad. Y así, se juntaron en la ciudad de los Reyes los mas principales dellos, que fueron Juan de Sayavedra, don Alonso de Montemayor, el contador Juan de Guzman, el tesorero Manuel de Espinar, el factor Diego Nuñez de Mercado, don Cristóbal Ponce de Leon, Juan de Herrada, Pero Lopez de Ayala, y otros algunos; entre los cuales eligieron á don Alonso de Montemayor para que fuese en nombre de todos á dar la buena venida á Vaca de Castro, por ser don Alonso caballero principal y de muy buen entendimiento. Rescebida por él la creencia y otros despachos, se partió en busca de Vaca de Castro en principio del mes de abril del año de 41, y anduvo hasta toparle, y después de haberle dado embajada, sucedió la muerte del Marqués, como adelante se dirá; por lo cual don Alonso y los que no habian sido en ella se quedaron con Vaca de Castro, siguiéndole y acompañándole hasta que venció á don Diego de Almagro el mozo, en la batalla que le dió en el valle de Chupas, donde se halló en acompañamiento del estandarte real el mismo don Alonso y otros que fueron aficionados al Adelantado, posponiendo la aficion que tenian á sus cosas, por seguir la voz de su majestad, en cuyo nombre Vaca de Castro trataba el negocio.

CAPITULO VII.

De cómo fué avisado el Marqués del concierto que estaba hecho para matarle.

Era tan público en la ciudad de los Reyes el concierto que estaba hecho para matar al Marqués, que muchos le avisaron dello. A los cuales él respondia que las cabezas de los otros guardarian la suya; y decia á los que le aconsejaban que trajese gente de guarda, que no queria que pareciese que se guardaba del juez que su majestad enviaba. Y un dia Juan de Herrada se quejó al Marqués, diciendo que era fama que los queria matar. El Marqués le juró que nunca tal intencion habia tenido. Juan de Herrada le dijo que no era mucho que lo creyesen, viéndole comprar muchas lanzas y otras armas. Lo cual oido por el Marqués, los aseguró con amorosas palabras, diciendo que no habia comprado las lanzas para contra ellos. Y luego él mismo cogió unas naranjas, y se las dió á Juan de Herrada, que entonces por ser las primeras se tenian en mucho, y le dijo al oido que viesse de lo que tenia necesidad, que él le proveeria. Y Juan de Herrada le besó por ello las manos; y dejando tan seguro y confiado al Marqués, se despidió del y se fué á su posada, donde con los mas principales de los suyos concertó que el domingo siguiente le matasen, pues no lo habian hecho el dia de San Juan, como lo tenían concertado. Y el sábado antes el uno dellos lo descubrió en confesion al cura de la iglesia mayor, y él lo fué á decir aquella noche á Antonio Picado, secretario del Marqués, y le rogó que le pusiese con él. Y el secretario le llevó en casa de Francisco Martin, hermano del Marqués, donde estaba cenando con sus hijos; y levantándose de la mesa, le dijo el cura todo lo que pasaba, y el Marqués se alteró algo dello á la sazón; pero dende á poco dijo al secretario que no creia tal cosa, porque pocos dias antes le habia

venido hablar con muy grande humildad Juan de Herrada, y que aquel hombre que habia dado el aviso al cura le debia querer pedir algo, y que por echarle cargo habia inventado aquello. Y con todo, envió á llamar al doctor Juan Velazquez, su teniente, y porque á causa de estar mal dispuesto no pudo venir, el Marqués fué aquella noche á su casa, acompañándole solo su secretario con otros dos ó tres, y una hacha delante. Y como halló al teniente en la cama, le dió cuenta de todo lo que pasaba; y él le aseguró, diciendo que no tuviese su señoría temor, que en tanto que él tuviese aquella vara en la mano no se osaria revolver nadie en toda la tierra; en lo cual no parece haber quebrantado su palabra, porque después huyendo (como adelante se dirá) al tiempo que quisieron matar al Marqués, se echó de una ventana abajo á la huerta, llevando la vara en la boca.

CAPITULO VIII.

De la muerte del Marqués don Francisco Pizarro.

Con todos estos seguros el Marqués andaba tan turbado, que el domingo siguiente no quiso ir á oír misa á la iglesia, y hizo decir misa en casa, hasta proveer lo que convenia á su seguridad. Y cuando el doctor Juan Velazquez y el capitán Francisco de Chaves (que era á la sazón el principal de la tierra, después del Marqués) salieron de misa, se fueron con otros muchos á la casa del Marqués, y después de haberlo visitado los mas vecinos, se fueron á sus casas, y el doctor y Francisco de Chaves se quedaron á comer con el Marqués; y acabado de comer, que seria entre las doce y la una del mediodía, entendiendo que toda la gente de la ciudad estaba sosegada y los criados del Marqués eranidos á comer, Juan Herrada, y otros once ó doce con él, acometieron desde su casa, que seria mas de trecientos pasos de la del Marqués, porque en medio hay todo el largo de la plaza y buena parte de la calle, y desde que salieron desenvainaron las espadas y fueron diciendo á voces: «Muera el tirano traidor, que ha hecho matar al juez que ha enviado el Rey.» La causa que dieron para no ir encubiertos, sino haciendo tan gran ruido, fué para que todos los de la ciudad creyesen que habia gran gente de su parte, pues se atrevian á acometer aquel hecho tan públicamente, pues por presto que viniesen á socorrer, no podian llegar á tiempo que, ó no hubiesen salido con su empresa, ó fuesen muertos. Y así, llegaron á la casa del Marqués, y dejaron uno dellos á la puerta con la espada desnuda (que habia ensangrentado en un carnero que estaba en el patio), dando voces: «Muerto es el tirano, muerto es el tirano.» Lo cual fué causa de que, oyéndolo algunos vecinos que querian acudir, se tornasen á sus casas, creyendo ser verdad lo que aquel hombre decia. Y así, Juan de Herrada arremetió por una escalera arriba con su gente; y el Marqués habia sido avisado de ciertos indios que estaban á su puerta, que mandó á Francisco de Chaves que mientras él entraba á armarse cerrase la puerta de la sala y cuadra; el cual se turbó en tal manera, que sin cerrar ninguna dellas, salió por el escalera, preguntando qué era aquel ruido. Y uno dellos le dió una estocada; y él, viéndose herido, puso mano á la

IIA-II.

espada, diciendo: «¡Cómo! ¿A los amigos tambien?» Y todos los demás le dieron muchas heridas. Y dejándole muerto, corrieron hasta la cuadra del Marqués, que mas de doce españoles que allí habia huyeron, saltando por unas ventanas á la huerta, y entre ellos el doctor Juan Velazquez con la vara en la boca, como tenemos dicho, para desembarazar las manos para descolgarse por la ventana. Y el Marqués, que estaba armándose dentro en su cámara, con su hermano Francisco Martin y otros dos caballeros, y dos pajes grandes, llamado el uno Juan de Vargas, hijo de Gomez de Tordoya, y el otro Escandon, viendo los enemigos tan cerca, sin acabarse de atar las correas de las coracinas, con una espada y una adarga acudió á la puerta, donde él y su gente se defendieron tan valientemente, que gran rato pelearon sin poderlos entrar, diciendo á voces el Marqués: «A ellos, hermano, mueran, que traidores son.» Y tanto los de Chili pelearon, que mataron á Francisco Martin, y en su lugar se puso uno de los pajes. Y como los de Chili vieron que se les defendian tanto, que les podria venir socorro, y tomándolos en medio, matarlos fácilmente, determinaron aventurar el negocio con meter delante sí un hombre de los suyos, que mas bien armado estaba, y por embarazarse el Marqués en matar aquel, hubo lugar de entrarle la puerta, y todos cargaron sobre él con tanta furia, que de cansado no podia menear la espada. Y así, le acabaron dematar con una estocada que le dieron por la garganta, y cuando cayó en el suelo pedia á voces confesion; y perdiendo los alientos, hizo una cruz en el suelo y la besó, y así dió el ánima á Dios; muriendo asimismo allí los dos pajes del Marqués, y de parte de los de Chili murieron cuatro, y quedaron otros heridos. Y en sabiendo la nueva en la ciudad, acudieron mas de docientos hombres en favor de don Diego; porque, aunque estaban apercebidos, no se osaban mostrar hasta ver cómo sucedia el hecho. Y luego discurrieron por la ciudad, prendiendo y quitando las armas á todos los que acudian en favor del Marqués. Y como salieron los matadores con las espadas sangrientas, Juan de Herrada hizo subir á caballo á don Diego y ir por la ciudad, diciendo que en el Perú no habia otro gobernador ni rey sobre él. Y después de saquear la casa del Marqués y de su hermano y de Antonio Picado, hizo al cabildo de la ciudad que rescibiese por gobernador á don Diego, so color de la capitulacion que con su majestad se habia hecho al tiempo del descubrimiento, para que don Diego tuviese la gobernacion de la Nueva-Toledo, y después del, su hijo ó la persona que él nombrase; y mataron algunos vasallos que sabian que eran criados y servidores del Marqués. Y era grande lástima oír los llantos que las mujeres de los muertos y robados hacian. Al Marqués llevaron unos negros á la iglesia casi arrastrando, y nadie lo osaba enterrar, hasta que Juan de Barbaran, vecino de Trujillo (que habia sido criado del Marqués), y su mujer sepultaron á él y á su hermano lo mejor que pudieron, habiendo primero tomado licencia de don Diego para ello. Y fué tanta la priesa que se dieron, que apenas tuvieron lugar para vestirle el manto de la orden de Santiago, segun el estilo de los caballeros de la orden, porque fueron avisados que los de Chili venian con gran priesa para cortar la cabeza